

GORD. Apretémosle la venda que le ciega.

MAROT. Yo le he escrito esta mañana este billete: (Saca un papel y lee.) "Acabo de robarte tu beldad, amigo Triboulet, y para que sepas de ella, te participo que la saco de Francia."

Todos se ríen.

GORD. Quién lo firma?

MAROT. Juan de Nivelles.

Nuevas carcajadas.

PARD. La buscará como un desesperado.

COSSÉ. Pensándolo me divierto ya.

GORD. El maldito bufon nos vá á pagar en un día todas sus deudas atrasadas.

Abrese la puerta lateral y entra el REY con PIEUNE. Todos los cortesanos se descubren y abren paso. El REY y PIEUNE vienen riendo á carcajadas.

REY. Está ahí la hermosa?

PIEU. La manceba de Triboulet?

REY. En verdad que soplarle la dama á mi bufon es cosa que causa risa. (No lo creía padre de familia.)

PIEU. Quiere verla vuestra majestad?

REY. Ya lo creo!

Váse el duque y vuelve sosteniendo á BLANCA, velada y vacilante. El REY se sienta.

PIEU. Entrad, hermosa mía, y no tembleis, que os encontráis en presencia del rey.

BLAN. Aquel jóven es el rey!

Con rapidez se arroja á sus piés; al oír la voz de BLANCA el REY se extremeca y hace señal á todos de que salgan.

ESCENA II.

EL REY Y BLANCA.

En cuanto se quedan solos, el REY la levanta el velo.

REY. Blanca!

BLAN. Es Gaucher Mahiet!

REY. (Riendo.) A fé de caballero que estoy muy contento de mi invención. Blanca, amor mio, ven á mis brazos.

BLAN. (Retrocediendo.) El rey! El rey! Dejadme, señor. Ya no sé cómo hablaros ni qué os he de decir. ¡Tened compasión de mí!

REY. ¿Que te tenga compasión, yo que te adoro? Lo que te dijo Gaucher Mahiet te lo repite el rey Francisco. Me amas y te adoro y seremos felices. Ser rey no nos priva de estar enamorados. Eras una inocente, que creías que era yo un estudiante; pero porque la casualidad me haya hecho nacer más alto, porque sea rey, no es motivo para que me rechaces y me aborrezcas. Nada importa que

yo no haya nacido patán para que-
rerte.

BLAN. (¡Parece que se burle, Dios mio! Quisiera morir en este instante!)

REY. Tu porvenir y el mio serán de hoy en adelante las fiestas, las danzas, los torneos, los diálogos de amor en el fondo de los bosques, y cien y cien placeres que las sombras cubrirán con sus alas. Seremos dos amantes felices. La vida, Blanca, se reduce á muy poco; toda la sabiduría humana se reduce á honrar á Dios Padre, á amar, comer, beber y gozar.

BLAN. (Aterrada y retrocediendo.) ¡Qué diferente es del ideal de mis sueños!

REY. ¿Me suponías acaso amante tímido y tembloroso, uno de esos hombres frios y lúgubres, que creen que basta para cautivar los corazones de las mujeres exhalar suspiros y exclamaciones?

BLAN. (Rechazándole.) Dejadme! ¡Desdichada de mí!

REY. ¿No sabes que yo soy la Francia entera, que represento quince millones de almas, la riqueza, el honor, el placer y el poder sin cortapisa? Pues todo eso es mio; soy el rey, y tú, Blanca, serás la reina.

BLAN. La reina! Y vuestra esposa?

REY. (Riendo.) Virtud de la inocencia! Mi mujer no es mi favorita.

BLAN. Vuestra favorita! ¡Oh, qué vergüenza!

Tapándose la cara con las manos.

REY. Eres orgullosa!

BLAN. No soy vuestra, soy de mi padre.

REY. Tu padre es mi bufon; es mi esclavo, y no puede querer más que lo que yo quiera.

BLAN. (Llorando amargamente.) ¡Pobre padre mio!

REY. Blanca, te juro que te adoro y no quiero que llores más. Quiero estrecharte contra mi corazón.

BLAN. (Resistiendo.) Eso jamás.

REY. ¡Ingrata, no me has repetido que me amas!

BLAN. Ni lo repetiré ya.

REY. Te ofendí sin querer; perdóname. No solloces como una mujer abandonada. Antes que arrancar lágrimas á tus ojos, quisiera morir y que mis vasallos me tuvieran por un rey débil y sin honor. Es un cobarde el rey que hace llorar á una mujer.

BLAN. ¿No es cierto que esto ha sido una broma? Sabéis que mi padre me buscará llorando, y si sois rey, haced que en seguida me acompañen á su casa. Vi-

vimos junto al palacio Cossé, demasiado lo sabéis. No comprendo nada de lo que me sucede. Varios enmascarados me han arrebatado lanzando gritos de alegría, y este acontecimiento extraño rueda confuso por mi cerebro. (Llorando.) Ni siquiera sé ya si os amo. Cuando creo que sois rey, me causais miedo.

REY. (Queriendo tomarla en brazos.) ¡Os causo miedo, ingrata!

BLAN. (Rechazándole.) Dejadme.

REY. Un beso para que sepa que me perdonais.

BLAN. No.

REY. (Riendo.) (Qué extraña mujer!)

BLAN. Dejadme...—Esta puerta...

Vé la puerta de la cámara del REY abierta, se precipita por ella y la cierra con violencia.

REY. (Sacando una pequeña llave de oro de su cintura.) Yo tengo la llave.

Cierra con llave dicha puerta.

MAROT. (Que ha estado observando desde el fondo.) (La pobre muchacha, huyendo, se refugia ella misma en la cámara del rey.)

ESCENA III.

MAROT, los CABALLEROS y despues TRIBOULET.

GORD. (A MAROT.) Qué ha sucedido?

MAROT. Que el leon ha arrastrado á la oveja á su madriguera.

PARD. (Con alegría.) Pobre Triboulet!

PIEU. Silencio, que viene.

GORD. Mucho disimulo.

MAROT. A mí solo me puede reconocer, porque no habló más que conmigo.

PIEU. Hagamos como que no sabemos nada.

Entra TRIBOULET. Nada ha cambiado en él; únicamente está muy pálido.

PIEU. (Como continuando una conversacion.) Entonces fué, señores, cuando inventaron esta copla:

Cuando Borbon fué á Marsella dicen que dijo á su séquito:

¿Qué capitán, Dios bendito, en la ciudad hallaremos?

TRIB. (Continuando la canción.)

Del monte de la Colomba es el paso muy estrecho,

y subieron todos juntos,

mas soplándose los dedos.

Risas y aplausos irónicos.

TODOS. Bravo!

TRIB. (Adelantando hácia el proscenio.) (¡Pobre hija mia! Dónde estará?...)

(Cantando.)

Y subieron todos juntos,

mas soplándose los dedos.

GORD. (Aplaudiendo.) Muy bien!

TOMO III.

TRIB. (No hay duda que entre todos ellos me la robaron.)

COSSÉ. (Riendo y dándole una palmada en el hombro.) Qué hay de nuevo, bufon?

TRIB. Este gentil-hombre se ríe lúgubrementemente. (Remedándole.) ¿Qué hay de nuevo, bufon?

COSSÉ. (Riendo.) Tú nos lo dirás.

TRIB. Que no la echeis de gracioso, porque aun estais más horrible. (¿Dónde la habrán escondido?... Si se lo preguntase, se burlarian de mí.)

(Acercándose á MAROT.) Me alegro que no te hayas constipado esta noche.

MAROT. Esta noche!

TRIB. Ha sido una buena tostada.

MAROT. Qué tostada?

TRIB. Bah!

MAROT. Te aseguro que al toque de Animas estaba ya en la cama, y que cuando me desperté había ya algunas horas de sol.

TRIB. ¿No has salido de casa esta noche? Entonces es que lo he soñado.

Vé un pañuelo en una mesa y se echa encima de él.

PARD. Mira, duque, cómo registra la marca de mi pañuelo.

TRIB. (Dejando caer al suelo el pañuelo.) (¡No es el suyo! Dónde estará?)

PIEU. (A GORD.) Por qué te ries tanto?

GORD. Porque tú nos haces reír.

TRIB. Están todos hoy muy risueños. El rey no se ha levantado aun?

PIEU. No lo sé.

TRIB. Parece que se oye ruido en su habitacion.

Vá hácia allí y PARDAILLAU le detiene.

PARD. No quiero que vayas á despertar á su majestad.

GORD. Este diablo de Marot nos está refiriendo un cuento muy gracioso. Al volver los tres Guy, no sé de dónde, encontraron á sus tres mujeres...

MAROT. Con otros tres que no eran sus maridos.

TRIB. ¡La moral ahora está muy relajada!

COSSÉ. ¡Son tan traidoras las mujeres!...

TRIB. Cuidado con lo que decís!

COSSÉ. Por qué?

TRIB. Porque no hay que mentar la sogá...

COSSÉ. Qué dices?

TRIB. (Burlándose en las narices.) Es una aventura enteramente igual.

COSSÉ. Hum!

TRIB. Señores, acertad cuál es el animal que cuando está furioso dice: Hum!

Todos se ríen. Entra VANDRAGON.

PIEU. Qué ocurre, Vandragon?

VANDRAGON. La reina, mi señora, desea ver al rey para hablarle de un asunto urgente.

PIEUNE le hace señal de que es imposible, pero el gentil-hombre insiste.

Sin embargo, no está con el rey la señora de Merze.

PIEU. Es que el rey no se ha levantado todavía.

VAN. No se ha levantado? Hace un instante estaba hablando con vosotros.

PIEU. (Haciéndole señas que él no comprende.) El rey está de caza.

VAN. No se caza sin pajes y sin monteros.

PIEU. A ver si ahora me entendéis; el rey no quiere ver á nadie en estos momentos.

TRIB. (Con voz de trueno.) ¡Entonces está aquí! Entonces está con el rey!

Se asombran todos los caballeros.

GORD. El bufon está delirando.

TRIB. Bien sabéis todos á lo que me refiero: la mujer que anoche robásteis en mi casa está aquí y la recobraré.

PIEU. (Riendo.) ¡Triboulet ha perdido su querida! Pues, sea fea ó sea hermosa, búscala en otra parte.

TRIB. He perdido á mi hija.

TODOS. Su hija!

Momento de sorpresa.

TRIB. (Cruzando los brazos.) Es mi hija, y... refos ahora. ¡Os habeis quedado mudos, os habeis sorprendido de que un bufon sea padre y de que tenga una hija!... Los lobos y los señores tienen familia; también yo la puedo tener. Basta de burlas.

Con voz terrible.

Sé que está aquí mi hija y quiero que me la devolvais.

Los caballeros se colocan delante de la puerta y le impiden que pase.

MAROT. Su locura ha entrado en el período de la furia.

TRIB. (Retrocediendo con desesperación.) ¿Es verdad que estos cortesanos, que estos bandidos, que esta raza de demonios me han robado á mi hija? Una mujer á sus ojos no vale nada: cuando el rey es un rey disoluto, las mujeres de los grandes señores, si son hábiles, les hacen á éstos hacer carrera... El honor de una doncella es para ellos un lujo inútil, un tesoro oneroso. Una mujer debe ser un campo productivo, una heredad, cuyo real colono paga cada plazo, y por eso llueven sobre ellos favores, de no se sabe dónde; hoy un gobierno, mañana el co-

llar del Toison, y una porción de gracias que van en aumento cada día.

Miránolos cara á cara.

¿Hay alguno entre vosotros que se atreva á desmentirme? No; porque todo lo venderíais, si no lo habeis vendido ya, por un título ó por una vanidad cualquiera. Tú, Brion, á tu mujer; tú, Gordes, á tu hermana; tú, Pardaillau, á tu madre.

Pausa.

¡Quién me habia de decir que los más ilustres personajes de la nación se juntarian para robarle la hija á un pobre hombre! Son indignos de nobles razas corazones tan viles; sin duda vuestras madres se prostituyeron á sus lacayos y todos sois bastardos.

GORD. Es un chusco!

TRIB. ¿Cuánto os ha dado el rey por haberle vendido mi hija? (Mesándose el cabello.) ¡Yo, que no tenia en el mundo más tesoro que ella! ¿Creerá el rey que puede hacer algo por mí? ¿Darme un título como los vuestros? ¿Puede convertirme en gallardo, en hermoso como los demás? No puede, y todo me lo ha quitado!... Señores, devolvedme mi hija al momento. Abridme esa puerta.

Corre á pasar por la puerta otra vez y los cortesanos se lo vuelven á impedir. Lucha porfiadamente con ellos hasta caer de rodillas en el suelo.

Todos juntos contra mí! ¡Diez contra uno! No me avergüenzo de llorar... (Arrastrándose á los piés de los cortesanos.) Ved cómo me arrastro á vuestras plantas pidiéndolos perdon... Estoy enfermo... ¡Tened piedad de mí! Es mi único tesoro! ¡Oh, fatalidad! No sabéis más que reir ó callar.

Abrese de repente la puerta de la real cámara y aparece BLANCA, despavorida y desgreñada.

BLAN. Padre mio!

TRIB. Ah, es mi hija! (Recibiéndola en sus brazos.) Señores, es toda mi familia, es mi ángel tutelar, y eran legítimos mis arrebatos y justas mis lágrimas. (A BLANCA.) No temas ya nada... es una broma que te gastaron y que te habrá asustado mucho; pero estos señores son buenos, han conocido ya cuánto te amo, y desde hoy en adelante nos dejarán vivir en paz. ¡Qué dicha es volverte á abrazar, hija mia! Pero... por qué lloras?

BLAN. (Tapándose la cara avergonzada.) ¡Somos muy desgraciados los dos.

TRIB. (Extremeciéndose.) Qué dices!

BLAN. (En voz baja á su padre.) No lo diré delante de nadie; solo quiero ruborizarme ante vos.

Cayendo á los piés de su padre.

TRIB. (El infame! Ella tambien!)

Dando tres pasos y despidiendo á los desconcertados caballeros.

Idos de aquí, y si el rey de Francia se atreviera á entrar, decidle que no entre, porque se encontrará conmigo.

PIEU. No he visto nunca un loco semejante.

GORD. Con los locos y con los niños es preciso transigir. Estemos, sin embargo, á la mira por lo que pueda suceder.

Se van los caballeros.

TRIB. (Sentándose en el sillón del REY y con voz siniestra y tranquila.) Vamos, habla, dímelo todo.

ESCENA IV.

BLANCA Y TRIBOULET.

TRIB. Habla.

BLAN. (Entre sollozos.) Padre mio... Ayer se deslizó dentro de casa... Hace mucho tiempo que debia habérselo dicho... un jóven que me seguia...

TRIB. Sí, el rey.

BLAN. Me seguia todos los domingos cuando iba á la iglesia...

TRIB. Sí, á oír misa.

BLAN. Nunca me habia hablado, pero para llamarme la atencion movia una silla cuando pasaba... anoche consiguió introducirse en casa...

TRIB. Quiero ahorrarte la angustia que debe causarte decirme lo demás, porque ya lo adivino. (Se levanta.) Oh rabia! Ha echado el oprobio y la vergüenza sobre tu frente pura, y su aliento corrompido, impregnando el aire que respiras, ha deshojado brutalmente tu virginal corona. ¡Y ha perdido, ha hundido en el barro inmundo la única alhaja que yo poseia en la tierra! ¡Qué será de mí despues de esta fatal desgracia, de mí, que solo veia en esta tierra prostituida el impudor, el vicio, el adulterio, la infamia y la crápula, y al levantar los ojos al cielo, solo reposaba mi vista recreándome en tu virginidad! ¡Pero ya está derribado el idolo y el altar!... Esconde la frente; llora, hija mia, llora. Parte de los dolores á tu edad algunas veces los arrastra el llanto.

Pausa.

Blanca, cuando ya haya cumplido con mi deber, nos iremos de Paris... si escapo con vida.

Pausa.

¡Quién me hubiera dicho que en un solo dia habia de cambiar mi suerte! Rey Francisco I! ¡Plegue á Dios que me

escucha que pronto tropieces y caigas en la pendiente que sigues y por ella ruedes hasta el sepulcro.

BLAN. (Levantando los ojos al cielo.) (Oh Dios! No le escuchéis, porque yo le amo!)

Ruido de pasos por el foro. Aparecen en la galería exterior soldados y gentiles-hombres, á cuya cabeza vá PIEUNE.

PIEU. Caballero Montchenu, mandad que abran la verja al señor de Saint-Vallier, al que conducen á la Bastilla.

El grupo de soldados desfila á dos de fondo, y al pasar SAINT-VALLIER, á quien custodian, éste se detiene en la puerta del fondo.

VALL. (En alta voz.) Ya que á pesar de los ultrajes con que el rey me ofende sin cesar, mi maldicion no encuentra, ni arriba ni abajo, una voz que la responda; ni un rayo en el cielo, ni un hombre vengador en la tierra, no espero ya nada. Ese rey continuará causando víctimas.

TRIB. (Levantando la frente y mirándole faz á faz.) Conde, os habeis equivocado. Vive un hombre en el mundo que os vengará.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Blanca

Playa desierta á las orillas del Sena.—A la derecha una casti-cha miserablemente amueblada, en cuyo primer piso se vé por la ventana una cama pobre.—La fachada, que dá al público, está descubierta y permite ver todo el interior; en él hay una mesa, una chimenea, y en el fondo una escalera de caracol que sube al granero.—La fachada de la izquierda tiene una puerta que se abre por dentro. Las grietas de las paredes permiten ver desde fuera lo que pasa dentro de la casa. Hay en la puerta un postigo enrejado y encima una muestra de posada.—Lo demás del teatro es playa.—A la izquierda hay un parapeto arruinado, á cuyos piés corre el Sena, en el que está asegurado el sustentáculo de la campana de aguas.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET y BLANCA fuera, SALTABADIL dentro de la casa.

TRIBOULET está inquieto y preocupado; SALTABADIL, sentado junto á la mesa, se ocupa en limpiar su tahalí.

TRIB. Y tú le amas?

BLAN. Le amo y no le puedo olvidar.

TRIB. En vano dejé que pasara el tiempo para que te curara de ese amor insensato.

BLAN. En vano, padre mio,

TRIB. Explicame al menos por qué le amas.

BLAN. No lo sé.

TRIB. Porque es rey?

BLAN. No, no, no es por eso. Hay hombres que salvan las vidas á sus esposas, maridos que las hacen opulentas, pero no por eso les aman. Ese hombre solo me ha causado daño, y sin embargo, le quiero sin saber por qué. Y llega á tal punto mi locura, que á pesar de ser vos tan tierno para mí y él tan cruel, lo mismo moriría por él que por vos.

TRIB. Eres muy niña y te perdono.

BLAN. Pero él también me ama.

TRIB. No lo creas, hija mía.

BLAN. Me lo dijo y me lo juró. Además, sus palabras convencen y avasallan el corazón, ¡porque es tan hermoso, tan gallardo!...

TRIB. Es un infame y no se jactará de robarme impunemente mi tesoro.

BLAN. Le hablais perdonado ya, padre mio.

TRIB. No; solo dí treguas á mi venganza, mientras le tendia el lazo que le tengo ya preparado.

BLAN. Desde hace un mes creí que hablais concluido por querer al rey.

TRIB. Lo aparentaba, pero te vengaré, Blanca, te vengaré.

BLAN. Perdonadle, padre mio!

TRIB. Estarias como yo colérica contra él si te convencieras de que te está engañando.

BLAN. No, no puedo creer que me engañe.

TRIB. Si te convencieras por tus propios ojos, le seguirias amando?

BLAN. No lo sé... ayer mismo me repitió que me adora.

TRIB. Cuándo? (Amargamente.)

BLAN. Por la noche.

TRIB. Pues ven aquí: mira si ves algo.

Indicándole á BLANCA una grieta de la pared, por la que ella se pone á observar.

BLAN. Solo veo á un hombre.

TRIB. Espera un poco y sigue mirando.

Aparece el REY vestido de simple oficial en la sala baja de la hostería, saliendo por la puertecilla de un aposento inmediato.

BLAN. (Extremeciéndose.) Padre, es él!

Sigue observando.

ESCENA II.

Los mismos, el REY y MAGDALENA.

El REY le dá una palmada en el hombro á SALTABADIL, que se vuelve de repente.

SALT. Qué se ós ofrece?

REY. Quiero dos cosas en seguida.

SALT. Qué cosas?

REY. Tu hermana y un vaso de vino.

TRIB. Ya ves sus costumbres: se mete en los tugurios, y el vino que más le gusta y más le alegra es el que le escancian impúdicas taberneras.

REY. (Cantando.)

“La mujer es movable
cual pluma al viento;
¡ay del que en ella fija
su pensamiento!...”

SALTABADIL, mientras trae de la pieza inmediata una botella y un vaso, que pone en la mesa, dá dos golpes en el techo con el pomo de la espada, y baja dando saltos en la escalera una moza vestida de gitana, ligera y risueña. En cuanto aparece, el REY quiere abrazarla, pero ella huye.

REY. Amigo mio, si limpiaras el tahalí al aire libre quedaría mejor.

SALT. Comprendo.

Se levanta, saluda y se vá, abre la puerta de la calle y la cierra tras sí. Reconoce á TRIBOULET y se dirige á él; mientras cambian algunas palabras, MAGDALENA hace al REY algunas zalamerías, que BLANCA observa con terror.

El hombre ha caído en nuestras manos. Quereis que viva ó que muera?

TRIB. Volved dentro de un poco.

SALTABADIL se vá.

MAGDALENA. Digo que no.

REY. Pues ya hemos adelantado algo. Ven aquí, no huyas y hablemos. Hace ocho días que me llevó Triboulet á la posada de Hércules, y allí fué donde por primera vez vi tus hermosos ojos; pues desde entonces te adoro y no amo á nadie más que á tí.

MAGD. Y á veinte más; teneis trazas de ser un gran libertino.

REY. Es verdad; he causado la desgracia de más de una... soy un monstruo...

MAGD. Sois un fátuo!

REY. Pero te digo la verdad: en fin, me has traído esta mañana á esta maldita hostería, en la que se come y bebe muy mal, pero en la que deseo pasar la noche.

MAGD. Claro está!

El REY quiere abrazarla.

Dejadme; os digo que no quiero.

REY. Pues eres poco esquiva!

MAGD. Sed prudente.

REY. La prudencia consiste en amar, comer, beber y gozar; esta fué toda la sabiduría de Salomon.

MAGD. Me parece que vais menos al sermón que á la taberna.

REY. (Tendiéndola los brazos.) Magdalena!

MAGD. Mañana.

BLANCA se aleja con paso vacilante; TRIBOULET se acerca al parapeto de la playa, hace una señal y sale SALTABADIL. Está oscureciendo.

ESCENA III.

TRIBOULET, SALTABADIL, MAGDALENA y el REY.

TRIB. Me pides veinte escudos; aquí tienes diez adelantados. ¿Pasará aquí la noche?

SALT. Creo que sí; se vá cubriendo mucho el tiempo.

TRIB. (No siempre duerme en palacio.)

SALT. Estad tranquilo, porque lloverá antes de una hora y la tempestad y mi hermana le detendrán toda la noche.

TRIB. A las doce volveré.

SALT. No os molesteis; me basto y me sobro para echar al Sena un cadáver.

TRIB. Es que quiero echarlo yo.

SALT. Eso es diferente; os lo entregaré cosido en un saco.

TRIB. Bien... á media noche os daré el resto.

SALT. Pues os cumpliré fielmente. Cómo se llama el galan?

TRIB. Quieres saber su nombre?

SALT. Si no teneis inconveniente...

TRIB. Te diré su nombre y el mio: él se llama *Crimen* y yo *Castigo*.

ESCENA IV.

Los mismos menos TRIBOULET.

SALT. La tempestad se acerca y no tardará en descargar. (Relampaguea.) Tanto mejor; de ese modo la playa estará completamente solitaria.

REY. Magdalena... (Queriendo cogerla por el talle.)

MAGD. Esperad.

REY. Maldita!

MAGD. (Cantando.)

Sarmiento que brota

en el mes de Abril,

poquísimo vino

echa en el barril.

REY. Qué hombros! Qué brazos!

Se oye un trueno lejano.

MAGD. Tened formalidad, que sube mi hermano.

REY. Nada me importa que tu hermano suba.

Oyese otro trueno.

MAGD. Ay, qué miedo!

REY. La mujer hermosa no debe decir nunca mañana.

MAGD. (Sentándose por fin al lado del REY.) Pues hagamos las paces.

REY. (Cogiéndole una mano.) ¡Qué hermosa mano! Mejor recibiría bofetones de ésta que halagos de otra.

MAGD. No os burlais?

REY. Hablo de veras.

MAGD. Si soy fea!

REY. Pardiez! No digas eso; haz más justicia á tus atractivos. Reina de las desdénasas, estoy ardiendo como un volcán.

MAGD. (Riendo.) ¿Eso lo habeis leído en algun libro?...

REY. (Es posible.) Ea, déjate querer.

MAGD. Vamos, estais ébrio.

REY. Ebrio de amor.

MAGD. Os estais burlando de mí.

REY. No, no.

Quiere abrazarla otra vez.

MAGD. Basta.

REY. Quiero casarme contigo.

MAGD. (Riendo.) Palabra de honor?

REY. (Esta mujerzuela es deliciosa!)

El REY la sienta en sus rodillas y hablan en voz baja. BLANCA no puede soportar ese espectáculo y se acerca, pálida y temblorosa, á TRIBOULET, que permanece inmóvil.

TRIB. ¿Ves cómo necesitamos vengarnos?

BLAN. ¡No me esperaba del ingrato esa inicua traición! Cómo me engañaba! ¡Es abominable que diga á esa mujer lo mismo que me ha dicho á mí! ¡Dios mio, á una mujer tan desvergonzada! Oh!

Ocultando la frente en el seno de su padre.

TRIB. Calla y no llores, que yo te vengaré.

BLAN. Haced lo que querais.

TRIB. Así te queria ver.

BLAN. Pero estais terrible. ¿Qué plan meditais?

TRIB. Todo lo tengo dispuesto; no te opongas á nada y obedéceme. Vé á casa, disfrazate de hombre, toma el dinero que necesites y un caballo y parte sin detenerte hasta Evreux, donde te alcanzaré yo mañana. En el cofre que hay bajo del retrato de tu madre está el traje de hombre que hice para tí; el caballo lo tienes ensillado. Cumple todas mis órdenes; parte y no vuelvas, porque aquí vá á pasar algo terrible.

BLAN. Venid conmigo, padre mio.

TRIB. Ahora no puedo.

BLAN. Estoy temblando!

TRIB. Mañana nos veremos; haz lo que te he dicho.

SALT. (Entrando.) *Vá á llover á cántaros.*

REY. *Que lluevan lanzas de punta, que yo estoy bajo techado, y no me disgustará pasar la noche aquí.*

MAGD. *Pero, señor, vuestra familia estará con cuidado...*

REY. *No tengo abuelas, ni hijas, ni apego á nada.*

Empieza á llover muy fuerte y la noche está ya completamente cerrada.

REY. (A SALTABADIL.) *Tú te acostarás en el establo, en el infierno ó donde quieras.*

SALT. *Muchas gracias.*

MAGD. (Al REY en voz baja y con rapidez mientras enciende una luz.) *Vete!*

REY. *Está lloviendo! ¿Dónde quieres que vaya?*

El REY se asoma á la ventana.

SALT. (Enseñando á MAGDALENA el dinero que acaba de recibir.) *(Me ha dado diez escudos de oro y luego me dará otros diez.)* (Al REY.) *Tengo el placer de ofrecer á monseñor mi aposento para que pase en él la noche; si quereis verlo...*

REY. *Veámoslo.*

SALTABADIL toma la luz, el REY sigue al asesino al piso superior y MAGDALENA se queda donde estaba.

MAGD. *Pobre jóven! (Se asoma á la ventana.) Qué oscuro está todo!*

SALT. *Aquí teneis, monseñor, la cama, la silla y la mesa.*

REY. *Magnífico. (Acercándose á la ventana, cuyos vidrios están rotos.) Además, aquí se tiene la ventaja de dormir al aire libre, porque las ventanas no tienen vidrios ni pasadores. En fin, buenas noches.*

SALT. *Dios os guarde! (Deja la luz y baja.)*

REY. (Quitándose el tabali.) *¡Estoy muy rendido! Voy á ver si puedo dormir un poco mientras espero ser afortunado.*

Deja en la silla el sombrero y la espada, se quita las botas y se echa en la cama.

Magdalena está muy frescota, es muy alegre y muy lista... me parece que ha dejado la puerta abierta... Claro está!

Al poco rato se queda dormido. MAGDALENA y SALTABADIL están los dos en la sala de abajo. Ha estallado la tempestad. Ambos guardan silencio durante algun tiempo, como preocupados por una idea grave.

MAGD. *Es buen mozo ese militar!*

SALT. *Tampoco á mí me disgusta, porque me hace ganar veinte escudos de oro.*

MAGD. *Cuántos?*

SALT. *Veinte.*

MAGD. *Pues vale mucho más.*

SALT. *No seas niña! Sube á ver si duerme; tómale la espada y bájamela.*

MAGDALENA obedece. Aparece BLANCA por el foro, vestida

de hombre con traje de montar; avanza hácia la casa, mientras SALTABADIL bebe y MAGDALENA contempla al REY dormido.

MAGD. *Qué confiado duerme! ¡Pobre jóven!*

Le quita la espada.

ESCENA V.

El REY en el granero, SALTABADIL y MAGDALENA en la sala baja y BLANCA fuera de la casa.

BLAN. *Me hace perder el juicio pensar que vá á pasar la noche en esta casa, y no sé por qué creo que se acerca para mí el instante supremo. Perdóname, padre, si te desobedezco; si vuelvo aquí es porque no he podido resistir á la tentación... ¿Qué quiere hacer aquí y cómo terminará esto? ¡Yo que vivía con los ojos cerrados, en completa ignorancia del mundo, me veo lanzada de repente en los tortuosos y difíciles caminos de la vida!... ¡Ay de mí, todo lo he perdido; virtud y felicidad! El ingrato ya no me ama... Qué espantosa noche!... A todo se arriesga una mujer desesperada; á todo me arriesgo, yo que me asustaba de mi propia sombra. ¡Qué sucederá ahí dentro! Matarán á alguno! (Se pone á observar.)*

MAGD. *¡Qué modo de llover y de tronar!*

SALT. *Sin duda en el cielo está riñendo el matrimonio; el uno rabia y la otra llora.*

BLAN. (¡Si mi padre supiera dónde estoy! Creo que hablan.)

MAGD. *Sabes lo que estoy pensando?*

SALT. *No lo sé.*

MAGD. *A ver si lo aciertas.*

SALT. *No estoy ahora para acertijos.*

MAGD. *Pues pienso que ese jóven es un buen mozo, que se ha enamorado de mí segun parece, y que, confiando en nuestra hospitalidad, se ha dormido. ¡No le matemos!*

BLAN. (Cielos! Qué oigo!)

SALT. (Sacando del baul un saco de lona y dándosele á su hermana.) *Recose en seguida ese saco.*

MAGD. *Para qué?*

SALT. *Para meter en él el cadáver de ese buen mozo y echarlo al rio.*

MAGD. *Pero...*

SALT. *Si yo hiciera caso de tí no mataríamos á nadie; compón el saco.*

BLAN. (Vaya un par de demonios.)

MAGD. (Cosiendo el saco.) *Te obedeceré, pero hablemos.*

SALT. *Hablemos.*

MAGD. *Odias á ese caballero?*

SALT. *No; es capitán, y yo aprecio*

mucho á los hombres de espada, porque á ellos pertenezco.

MAGD. *Pues es una necedad matar á un gallardo mozo por dar gusto á un repugnante jorobado.*

SALT. *Pero he recibido del jorobado por matar al buen mozo diez escudos de oro á tocateja, y recibiré otros diez cuando le entregue el cadáver.*

MAGD. *Pues puedes matar al jorobado cuando te venga á traer los otros diez escudos y te sale la misma cuenta.*

BLAN. (Pobre padre mio!)

MAGD. *No te parece bien?*

SALT. *¿Me tomas por algun bandido ó por algun ladrón, que quieres que mate al cliente que me paga?*

MAGD. *Pues mete en el saco ese haz de leña que hay ahí, y como está oscuro, el jorobado creará que encierra el cadáver.*

SALT. *Eso es un disparate. No se lo puedo hacer creer.*

MAGD. *Quiero que le perdones.*

SALT. *Pues es preciso que muera.*

MAGD. *Pues no morirá, porque le despertaré y se fugará.*

BLAN. (Tiene buen corazón!)

SALT. *Y los diez escudos de oro?*

MAGD. *Eso es verdad.*

SALT. *No seas niña y déjame obrar.*

MAGD. *Quiero salvarle!*

Se coloca resuelta al pié de la escalera para cerrar el paso á su hermano, que, vencido por esta resistencia, vuelve al proscenio, como tratando de encontrar un medio de conciliarlo todo.

SALT. *El otro vendrá á media noche á buscarme. Si de aquí á entonces viene un viajero cualquiera á pedirme posada, lo mato y lo meto en el saco en vez del militar. Estando tan oscura la noche, el jorobado no lo conocerá, y se dará por satisfecho con echar al rio un cuerpo muerto. Esto es todo lo que puedo hacer por tí.*

MAGD. *Te lo agradezco; ¿pero quién ha de venir á la posada en semejante noche?*

SALT. *Pues no hay otro medio de salvar al oficial.*

BLAN. (Oh Dios! Sin duda quereis que yo muera. No debo hacer tan cruel sacrificio por un ingrato. Oh Dios! No me impulseis á sacrificarme.)

Truena.

MAGD. *Verás como no se atreve nadie á pedirnos hospitalidad.*

SALT. *Pues si no la pide nadie, no puedo faltar á mi palabra.*

BLAN. (Estoy por avisar á la ronda... pero dónde la he de encontrar? Y

si la encontrara, ese hombre denunciaria á mi padre.)

Suenan las doce menos cuarto.

SALT. *Oyes? Ya está la hora muy próxima... no tengo tiempo que perder: solo me queda un cuarto de hora.*

MAGD. *Espera un momento más.*

BLAN. (¡Esa mujer está llorando y yo la puedo socorrer!... Ya que él no me ama... para qué quiero vivir? Moriré por él, pero esto es horrible!)

SALT. *No puedo esperar más.*

BLAN. (¡Si supiera que me mataran sin hacerme sufrir! Oh, Dios mio!)

SALT. *Es preciso que suba ya.*

BLAN. (¡Morir sin haber cumplido diez y seis años! Es preciso, sin embargo...)

Llama á la puerta débilmente.

MAGD. *Han llamado.*

SALT. *Me parece que es el viento que hace crujir el techo.*

BLANCA vuelve á llamar.

MAGD. *No, no; están llamando.*

Corre á abrir el postigo y mira afuera.

SALT. *Es muy extraño!*

MAGD. *Quién es? Es un jóven. (A SALTABADIL.)*

BLAN. *¿Puedo quedarme en la posada esta noche?*

MAGD. *Sí.*

SALT. *Y dormirá bien.*

BLAN. *Abrid.*

SALT. *Espera un instante. Dame el puñal y lo afilaré un poco.*

MAGDALENA le dá el puñal, que lo afila en un hierro.

BLAN. (Gran Dios! ¡Afilan el arma homicida!)

MAGD. *Pobre jóven! Llama á la puerta de su tumba.*

BLAN. (Estoy temblando! (Cayendo de rodillas.) ¡Dios mio, al presentarme ante tí,

perdono á todos los que me han hecho daño; perdónales tú tambien... desde el rey, á quien amo y compadezco, hasta ese demonio que me espera en la oscuridad para asesinarme! Voy á morir por un ingrato.) (Levantándose. Vuelve á llamar á la puerta.)

MAGD. *Date prisa, que se cansa.*

SALT. (Probando el filo en la mesa.) *Ya está bien. Espera que me esconda detrás de la puerta.*

BLAN. (Oigo todo lo que dicen.)

MAGD. *Espero la señal.*

SALT. (Detrás de la puerta con el puñal en la mano.)

Abre.

MAGD. (Abriendo.) *Entrad.*

BLAN. (Retrocede un paso.) (¡Dios me ampare!)

MAGD. *Pasad adelante.*

BLAN. (¡La hermana ayuda al her-